POR OTRA PARTE

Por una parte, juiciosos lectores se han sentido bastante satisfechos con las páginas de esta revista desde "lo primero" en adelante. Por otra parte, ha habido quienes no han encontrado en sus páginas la última palabra sobre un tema dado. Uno de ellos sugiere ulteriores reflexiones acerca del artículo "Venir en perfección en cualquier estado o vida".

Perfeccion y vida de los laicos Los consejos evangelicos en la vida diaria

En su bonito artículo (CIS 86), la Dra. María Clara Bingemer pretende demostrar que los Ejercicios de San Ignacio "pueden y deben ser propuestos en su integridad y en su radicalidad a los laicos y laicas". Que tal demostración sea necesaria, presupone la existencia de una opinión contraria, es decir, de la opinión de las personas que juzgan que los *Ejercicios Espirituales* no pueden ni deben ser dados a los laicos integral y radicalmente. Es contra este secuestro de los Ejercicios y contra las ideas que lo podrían justificar a partir de los Ejercicios mismos, que la Dra. Bingemer, analizando el n° 135 de los *Ejercicios Espirituales* reivindica que éstos, escritos por un laico, pueden dirigirse a los laicos como a sus destinatarios históricos prioritarios.

A mi parecer la demostración que la Dra. Bingemer lleva a término es convincente. Sin embargo, pienso que podría ser reforzada indagando el sentido de la expresión *perfección evangélica*, y más concretamente *a quién y a qué* Ignacio se está refiriendo cuando usa esta expresión en el libro de los *Ejercicios*.

I. Tengo la impresión que el interés que la autora manifiesta en demostrar que la perfección cristiana puede ser lograda en cualquier estado o vida, como Ignacio afirma al final del n° 135, no le permitió detenerse en el análisis del sentido de expresión "perfección evangélica", utilizado al comienzo del mismo número. Incluso podría dar la impresión que esta expresión, aparentemente incómoda para lo que la Dra. Bingemer pretende mostrar, está escamoteada. Pero, no debe huir de ella, ya que Ignacio la utiliza tres veces en los *Ejercicios* (15, 135; 357). ¿A quién se está refiriendo cuando habla de "perfección evangélica"? He aquí la cuestión.

Si, según la opinión que se ha vuelto común, la perfección evangélica está indisolublemente vinculada a la vida religiosa (a la "religión", como diría Ignacio), la tesis que la Dra. Bingemer trata de demostrar estaría siempre amenazada por la idea de que para Ignacio la perfección que merece el adjetivo de "evangélica" es incompatible con la vida laica. Por lo tanto, sólo se deberían dar

*los consejos evangélicos no
están necesariamente
vinculados a la vida religiosa*

los Ejercicios, íntegra y radicalmente, a los laicos que luego pueden adherir a la perfección evangélica haciéndose religiosos.

Es inútil insistir cómo esta idea está arraigada en muchas de las interpretaciones de los Ejercicios, ni cómo ha sido favorecida por algunos Directorios. Pero, ¿era así como Ignacio lo pensaba?

Creo que la novedad de Ignacio no consistió simplemente en afirmar que la perfección es posible "en cualquier estado o vida que Dios nuestro Señor nos diere para elegir". La novedad de Ignacio va más allá. Si, por una parte, no hay duda que para él la perfección evangélica está unida a la práctica de los consejos evangélicos, me parece, no obstante, que también no cabe duda que para el mismo Ignacio los consejos evangélicos no están necesariamente vinculados a la vida religiosa.

La idea de que la perfección evangélica sólo es posible en la vida religiosa puede parecer evidente debido al prejuicio histórico en relación a los laicos y, en el caso de los *Ejercicios*, debido a la traducción latina, conocida como Vulgata. Esta traducción, efectivamente, hace que en el número 135 Ignacio hable de dos estados de vida determinados o constituidos: el secular y el religioso. Pero, de hecho, Ignacio en su Directorio Autógrafo no habla así. Refiriéndose a los estados o vida, escribe simplemente "primero" y "segundo". El no dice -como hará la Vulgata- que el primer estado sea "común", ni que el segundo, que llama "de perfección evangélica", suponga la obediencia (como la Vulgata le hace decir) y la vida religiosa. Ignacio no habla aquí de vida religiosa o de vida secular. Como escribirá en el n. 177, se trata apenas de "una vida o estado dentro de los límites de la Iglesia". Vida o estado no necesariamente ya constituidos, como evidencia de nuevo la Vulgata cuando traduce el n. 177.

Creo que esta aparente indeterminación canónica que puede parecer imprecisión o ambigüedad -que el latín de la Vulgata se preocupa en corregir- son típicos de la actitud espiritual de Ignacio, de su respeto por la libertad de Dios y de la persona humana; de su apertura al porvenir. Concretamente esa indeterminación o ambigüedad significan que para Ignacio no sólo la perfección *común*, sino también la *perfección evangélica* puede ser vivida por un laico, hombre o mujer.

El Directorio Autógrafo mantiene esta interpretación cuando, a propósito de lo que se ha de deliberar en la elección, escribe: "Lo que se propone para deliberar es: primero, si consejos o preceptos; segundo si consejos, en religión o fuera de ella; tercero, si en ella, en cuál..." (n° 22; Cf. también EE 15,2).

Estas consideraciones, a mi parecer, no son sutilezas exegéticas sin importancia, sino que ayudan a profundizar en sentido ignaciano la tesis defendida por la Dra. Bingemer. Muestran que la "perfección evangélica" no está relegada a la vida religiosa, sino que tienen algo que decir por lo que se refiere al estado o a la vida de los laicos, en la medida en que de algún modo es posible practicar los consejos evangélicos en esta vida. Estas conside-

la perfección evangélica no está relegada a la vida religiosa, sino que tiene algo que decir por lo que se refiere a la vida de los laicos

raciones justifican finalmente que se pueden dar los Ejercicios integralmente y según lo requieran a los laicos que se sientan llamados a esta perfección.

2. Confieso que me habría gustado ver en el texto de la Dra. Bingemer una explicación más positiva y concreta de lo que Ignacio entiende por perfección. Tres aspectos me parecen fundamentales.

En primer lugar, pienso que en Ignacio el sentido de la palabra *perfección* está, casi instintivamente, mucho más cercano al término usado en el griego neotestamentario que al término latino, del que la autora investiga al comienzo de su artículo. Como en los textos evangélicos que alimentan el discurso de Ignacio, la perfección (*teleiosis*) tiene que ver con el fin (*telos*), es decir, ir hacia el fin, como la salida de sí mismo, etc. Más que un *estado*, la perfección es la inquietud de "solamente deseando y eligiendo lo que más nos conduce para el fin que somos criados" [23,7].

En segundo lugar, ya sea secular o religiosa, la perfección está indisolublemente unida a la pobreza, como muestra sin lugar a dudas el ejercicio de las Dos Banderas.

Finalmente, como aparece en el mismo ejercicio, este ir hasta el final saliendo de sí mismo, en el despojo de la pobreza, está unido al deseo explícito de ayudar a todos [I46, 2].

¡La perfección es apostólica!

*Ulpiano Vasquez Moro, S.J.
Belo Horizonte, Brasil*